

Sin duda recibierades á Judas, y le aparecierades resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagais digno de vuestra soberana aparicion en el reino de la gloria.

3. Últimamente, ponderaré como san Pedro con gran gozo se partió á donde estaban sus compañeros, para confirmarlos en la fe, como Cristo nuestro Señor se lo habia encargado, y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni*: resucitado ha el Señor verdaderamente, y aparecido á Simon, como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció á Magdalena, ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simon, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitacion de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de nuestro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar á mis hermanos en la virtud, y tanto mas tengo de hacer esto, cuanto mayores partes tuviere para persuadir y ser creido. Ó glorioso Apóstol, con mucha razon os llamais Simon, que quiere decir obediente, pues tan obediente sois á la voz de vuestro Maestro en cumplir todo lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza, como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros discípulos, cuya cabeza habeis de ser. Confirmad tambien mi flaqueza, y perfeccionad mi corta obediencia, para que crea con gran firmeza lo que creísteis, y obedezca con gran fervor á mi Señor, como Vos le obedecísteis.

MEDITACION VII.

DE LA APARICION Á LOS DOS DISCÍPULOS QUE IBAN Á EMAÚS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Dos discípulos habiendo oido lo que las mujeres habian dicho, salieron á un lugar llamado Emaús, hablando entre sí por el camino de las cosas que habian sucedido; y acercándose á ellos Cristo nuestro Señor, en forma de caminante, caminaba con ellos, sin que le conociesen* (1).—Lo primero, ponderaré la causa de salirse en esta ocasion de Jerusalem estos dos discípulos, la cual fué por alejarse del lugar que tenian por peligroso, y por tomar algun alivio en aquel lugar de Emaús, de donde era natural uno de ellos. Pero

(1) Luc. xxiv, 13; D. Thom. 3 p. q. 53, art. 4.

la causa mística fué para que entendamos como la pasion del miedo y tristeza suele ser ocasion de salirse el alma de Jerusalem, que quiere decir vision de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algun alivio corporal, y algun regalo de carne, en medio de deudos carnales, ó personas mundanas, figuradas por Emaús, que quiere decir pueblo despreciado, ó temeroso consejo, tomando en esto consejo muy errado, pues pongo á riesgo el consuelo divino por buscar el terreno. Y así he de procurar no rendirme á esta pasion, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor se dignó de aparecerles en este camino. La primera fué, la compasion que tuvo de ellos, deseando, como buen Pastor, recoger á estas dos ovejas que iban descarriadas, y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos como no descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad, y siguiendo por detrás los pasos del que se va alejando de él, hasta que le da un alcance. ¡Oh bendito sea tan buen Pastor, que así cuida de su ganado! Bien se echa de ver, Señor, que habeis puesto por él la vida, y le habeis rescatado con vuestra sangre, pues tanto cuidado poneis en recogerle al aprisco de vuestra Iglesia, para de allí llevarle al aprisco de vuestra gloria.—La segunda causa fué, porque iban afligidos y desconsolados, y es muy propio de Cristo nuestro Señor asistir con los tales para moderar su tristeza, y darles algun alivio en ella, segun lo que dice por David: *Con él estoy en la tribulacion* (1). Ó alma mia, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarias en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida á trueque de estar tan bien acompañada.

3. La tercera causa fué, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo nuestro Señor de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo: *Donde quiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (2). De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios en todo lugar, y entretenerse en semejantes pláticas con sus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude Cristo á ellas para consolarlos; y al contrario cuán malo es hablar

(1) Psalm. xc, 15. — (2) Matth. xviii, 20.

de cosas malas y profanas, porque Cristo nuestro Señor no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos.

4. Últimamente, ponderaré como los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer á Cristo, por su poca fe; por la cual nuestro Señor permitió este impedimento, hasta que su fe se fuese perfeccionando, porque, como dijo Isaías: *Si no creyéreis, no entenderéis* (1). Otra causa fué la mucha tristeza y aflicción interior que tenían, significándonos por esto Cristo nuestro Señor, que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos á pelear, y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos ni reparamos en ello, antes pensamos que está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolacion. Ó buen Jesús, no permitas que mis culpas causen tales nieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y hablándome tú dentro de mi corazón, no te conozca; mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Dijoles Jesús: ¿Qué cosas son las que vais platicando y confriendo entre vosotros, y por qué vais tristes? Respondió uno de ellos llamado Cleofás: ¿Tú solo entre los peregrinos y moradores de Jerusalén no has sabido las cosas que han pasado estos días? Respondióles Cristo: ¿Qué cosas? Ellos dijeron: De Jesús Nazareno, que fué varón profeta, poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y príncipes nuestros le entregaron, para que fuese condenado á muerte; y le crucificaron; y nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel. Aquí se ha de ponderar la suavidad de Cristo nuestro Señor en el trato con estos discípulos para hacerles descubrir la llaga de su infidelidad, y curársela de raíz; para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oírlo de su boca; y en especial se recrea en oír contar las cosas que por nosotros ha padecido, no desdenándose de ellas con ser tan afrentosas. De donde sacaré, como es propio del espíritu de Cristo con sus inspiraciones provocarnos á hablar, para dos cosas: es á saber, para publicar las grandezas de Dios á gloria suya, y para descubrir nuestras miserias, y por ser curados de ellas.*

2. De parte de los discípulos ponderaré el magnífico concepto que tenían de su Maestro, aunque corto, en razon de su divinidad. Di-

(1) Isai. vii, juxta LXX.

ieron de él, que era poderoso; lo primero, en las obras; lo segundo, en las palabras; lo tercero, delante de Dios; lo cuarto, delante de todo el pueblo. Gózome, ó Rey de la gloria, de que seais poderoso en las obras, así de heroica santidad, como de grandes milagros; en las cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipotencia. Gózome tambien de que seais poderoso en la palabra, enseñando doctrina celestial que ilustra los entendimientos y arrebatá las voluntades, aficionándolas á la verdad y á la virtud, en lo cual mostrais vuestra infinita sabiduría. Gózome de que seais poderoso delante de Dios para aplacar su ira, y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubris la igualdad que con él teneis. Tambien me gozo de que seais poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres, y trayéndolos á vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad, ó Señor todopoderoso, este vuestro poder conmigo, para que yo, conforme á mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres, obrando y hablando tales cosas, que agraden á Dios, y edifiquen á los prójimos para gloria vuestra. Amen.—En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el orden dicho, porque no seré poderoso en la palabra si no lo fuere en la obra, ni lo seré delante de los hombres, si primero no lo fuere delante de Dios; y si delante de Dios fuere poderoso por medio de la oracion y confianza en su omnipotencia, mucho mas lo seré con los hombres, como lo dijo el Ángel el patriarca Jacob (1).

3. Últimamente, ponderaré como estos discípulos descubrieron su flaqueza, y la falta de fe que tenían, diciendo: *Esperábamos que habia de redimir á Israel.* Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. *Aunque hoy es el tercer día, y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo, volvieron diciendo, que habian visto Ángeles que les dijeron que habia resucitado.* Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenían de Dios y de sus cosas por un suceso adverso, contrario á su imperfecta aprension, por no saber las trazas que tiene Dios para salir con sus intentos, como estos discípulos que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redencion de Israel que ellos esperaban.

PUNTO TERCERO.—1. *Dijoles Jesús: Ó necios y tardos de corazón para creer las cosas que han dicho los Profetas; ¿por ventura no convino que Cristo padeciese todo esto, y así entrase en su gloria? Y comen-*

(1) Genes. xxxii, 28.

zando desde Moisés y de los Profetas, les iba declarando todo lo que de él estaba escrito. Aquí se ha de ponderar lo primero, la aspereza de la reprensión de Cristo nuestro Señor, la cual no procedía de indignación, sino de compasión y celo para avivar su fe, y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llamólos necios ó ignorantes, porque con haberle oído tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderle. Llamólos tardos de corazón, porque teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. Ó Maestro soberano, ¡con cuánta mas razón podías reprendirme y decirme: Ó necio y tardo de corazón en creer lo que han dicho los Profetas y Evangelistas; porque muchas cosas no entiendo como debo, ni las creo con fe viva, de modo que las obre. Quita, Señor, de mí esta necesidad y esta dureza de corazón, para que te conozca y sirva como conviene.

2. Lo segundo, ponderaré aquella razón que les dió Cristo tan profunda y admirable: *¿Por ventura no convenia que Cristo padeciese estas cosas y así entrase en la gloria?* En lo cual les da á entender, que su ignorancia y dureza de corazón consistía en no haber caído en la cuenta de esta verdad. Ó alma mía, abre los ojos, y considera que si fué necesario que Cristo padeciese tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria que era suya por título de herencia, como Hijo natural del eterno Padre; mucho mas necesario será que tú padezcas algunas cosas para entrar en la gloria, que no es tuya, sino de Dios, á la cual por sola su misericordia te ha ordenado. Y si esto no te persuade, necia eres, y tarda y dura de corazón, y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren; pues está escrito, que todos los que desean vivir santamente con Cristo, han de padecer persecuciones por su amor (1).

3. Lo tercero, ponderaré la eficacia con que Cristo nuestro Señor comenzó á interpretar las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido interior del alma, para que las entendiesen, y encendiéndoles el corazón con gran fuego de amor, para que se aficionasen á ellas y al que se las iba declarando, y así dijeron despues: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* *¿Por ventura nuestro corazón no ardia en nosotros cuando en el camino nos hablaba y declaraba las Escrituras?* Á esta declaración llaman abrir las Escrituras, que para ellos estaban cerradas, sacando á luz los misterios que allí estaban escondidos. Ó Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir

(1) II Tim. III, 12.

á tu voluntad las divinas Escrituras (1), cerrándolas á los soberbios, y abriéndolas á los humildes; ábre las á este indigno siervo tuyo de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor, en el camino de esta vida, para que mi corazón arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz (2). Ó dichosos discípulos, que merecisteis oír á tal Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden á los que las oyen; suplicadle me hable como os habló, compadeciéndose de mi necesidad, como se compadeció de la vuestra.

PUNTO CUARTO.—1. *Llegando al lugar donde iban, hizo ademán que queria pasar mas adelante; pero ellos le detenian y forzaban, diciéndole: Quédate con nosotros, Señor, porque se va haciendo tarde, y el día se acaba.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, como Cristo nuestro Señor hizo este ademán de querer dejar estos discípulos, y pasar adelante, aunque de verdad su deseo era quedarse con ellos, para significar que en su opinión estaba lejos de ellos: y para con esto provocarlos á que le convidasen y detuviesen, brotando afuera el fuego que ardia allá dentro: y para que con aquella obra exterior de hospedar al peregrino, se hiciesen dignos de que Dios entrase á hospedarse en sus almas, y les manifestase quién era. Ó dulce Jesús, por mas que lo disimules, es cierto que tus regalos son estar con los hijos de los hombres; y mucho mas deseas estar con ellos, que ellos desean estar contigo; antes si ellos desean tenerte consigo, es porque les infundes tal deseo para cumplir el tuyo. Gracias te doy por esta inmensa caridad que tienes á tus escogidos, por la cual te suplico no me excluyas de tener parte en ella.

2. Lo segundo, ponderaré como los discípulos no solo detenian á Cristo, sino *cogebant eum*, le forzaban á que se quedase con ellos, porque Cristo nuestro Señor gusta de ser forzado de nosotros con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias, y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos, hasta decirle como Jacob: *No te dejaré si no me das tu bendición* (3); ni dejaré de luchar contigo hasta que te rindas á darme lo que te pido, aunque en tales casos no le forzamos nosotros, sino su bondad y caridad, y su misericordia le fuerza á favorecernos; porque él mismo nos imprime aquel espíritu con que le hacemos fuerza. Y en negocio tan grave como es el de mi salva-

(1) Apoc. III, 7. — (2) Cant. II, 14. — (3) Genes. xxxii, 26.

cion, no tengo de proceder á poco mas ó menos, ni tomarla con tibieza, sino usar de toda la diligencia y violencia que el mismo Señor me permitiere.

3. Para esto ayuda mucho ponderar la oracion que hicieron estos discípulos diciendo: *Mane nobiscum Domine, quia advesperascit, et inclinata est jam dies*: Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece, y se acaba el dia. Lllaman Señor al que llamaron peregrino, por la reverencia y amor que le habian cobrado, y alegan por título para detenerle que era ya tarde y anochece. Ó buen Jesús, quédate conmigo, porque en mi alma se va oscureciendo la luz de la fe y el resplandor de la virtud, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando, y si tú te vas, quedaré convertido en noche oscura y fria. Quédate, Señor, conmigo, porque el dia de mi vida se va acabando, y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia cuando está mas cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste: *Si alguno me aguardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendremos á él y nos quedaremos con él* (1). Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazon. Quédate, Señor, conmigo, para que pueda cumplir mi deseo, y llegar á la vida eterna, donde siempre esté contigo. Amen.

—De esta oracion jaculatoria usa la Iglesia en este tiempo, y podemos usar de ella á menudo con el espíritu que se apuntó en el coloquio precedente.—

PUNTO QUINTO. — 1. *Sentándose con ellos á la mesa, tomó el pan, bendijolo, partiolo, y dabáselo. Abriéronse sus ojos y conociéronle, y al punto se les quitó de delante de los ojos.* Aquí se han de ponderar las causas por que Cristo nuestro Señor quiso manifestarse á estos discípulos estando en la mesa con ellos.—La primera fué, para que se entendiese lo mucho que estimaba la hospitalidad y caridad, y como estas obras de misericordia nos disponen para recibir á Cristo en sus pobres y alcanzar de él grandes favores, pues, como dice san Gregorio, estos discípulos no fueron ilustrados cuando oyeron los preceptos de Cristo, sino cuando los cumplieron (2).—La segunda causa fué, para que tambien entendiésemos como es mas poderoso el ejemplo que la palabra para darse á conocer; como Cristo nuestro Señor era poderoso en lo uno y en lo otro, mostróles en el camino la dulzura y sabiduría de sus palabras; pero en la mesa mostróles la gravedad y modestia con que solia tomar el pan en sus manos, la devocion con que lo bendecia y daba gracias al Padre por

(1) Joan. xiv, 23. — (2) Homil. 23 in Evang.

ello, y la caridad con que lo repartia entre ellos, y con la vista de estas virtudes se les abrieron los ojos del alma para conocerle.

2. La tercera fué, para significar la eficacia del santísimo sacramento de la Eucaristía, figurado por este pan, ó si de verdad fué el mismo Sacramento, como algunos dicen, el cual tiene virtud de alumbrar el alma, y esclarecer los ojos interiores, mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatás (1); porque el gusto de la suavidad que se percibe en esta comida, nos descubre por experiencia la excelencia y soberanía de Cristo nuestro Señor que está en ella, y por ella obra tan maravillosos efectos. De estas tres causas tengo de sacar deseos grandes de ejercitar las tres cosas dichas; esto es, obras de misericordia, y dar buen ejemplo á otros, y frecuentar la comunión, suplicando á este Maestro del cielo me ayude, para ejercitarlas, de manera, que mis ojos se abran para conocerle y servirle como merece.

3. Últimamente, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor desapareció luego, dejándolos al tiempo que habian de gustar de su presencia. Esto hizo para que se entendiese la verdad de aquella sentencia de Job, que dice: *Visitálo á la mañana, y súbitamente le pruebas* (2), porque en esta vida mortal las visitas de Dios no son de asiento, ni muy despacio, sino de paso, ausentándose luego, parte para nuestro ejercicio, parte para que acudamos á las obras de caridad con los prójimos. Y así fué en el caso presente, porque en desapareciéndose Cristo nuestro Señor, estos dos discípulos, llenos de grande alegría por haberle visto, y reprendiendo su tardanza en no haberle reconocido por el camino cuando les abrasaba y sentian arder el corazon con sus palabras, luego se volvieron á Jerusalem á dar nueva de esto á los Apóstoles, publicando como le habian visto y conocido en el partir del pan: y los que á la venida caminaban despacio y con piés de plomo, cargados de tristeza, á la vuelta caminaban de prisa con piés de ciervos, llenos de alegría. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! oh poder infinito de nuestro dulce Jesús! ¡Cuán en breve, Dios mio, trocáis los corazones de vuestros discípulos, y cuán varios caminos teneis para trocarlos! Visitadme, Señor, á menudo, aunque luego me probeis; porque un momento que dure vuestra visita, basta para sacarme de laceria, y llenar mi alma de celestial alegría, dilatando mi corazon, para que corra con ligereza por el camino de vuestros mandamientos (3), hasta llegar á veros de asiento en el trono de vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

(1) I Reg. xiv, 27. — (2) Job, vii, 18. — (3) Psalm. cxviii, 32.